

VIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay etapas en la recuperación en las que las antiguas vivencias de rechazo siguen moldeando la manera en que nos vemos a nosotros mismos, a los demás y a Dios. Puede ser que estemos esperando a ser ignorados, malinterpretados o alejados. Aun cuando las relaciones son sanas, una parte de nosotros puede estar preparada para ser decepcionados. Cuando parece que la oración no es respondida o la sanación tarda más de lo esperado, estas viejas creencias pueden regresar: yo no pertenezco. Mis necesidades son demasiadas. Dios ayuda a otros, pero no a mí.

La mujer cananea en el Evangelio del domingo se acerca a Jesús desde una posición de vulnerabilidad (Mateo 15:21–28). Ella es una extraña y su hija está sufriendo. Suplica: *“Señor, hijo de David, ten compasión de mí”*. En un inicio, Jesús no le responde. Los discípulos quieren que se aleje. Pero ella, permanece ahí. Se acerca, se postra y dice: *“¡Señor, ayúdame!”*

Para muchos hijos adultos, esta situación toca una herida que es conocida. Puede ser que a temprana edad aprendimos que pedir ayuda conducía a ser desestimados, criticados o decepcionados. Nos adaptamos, volviéndonos autosuficientes, complacientes, invisibles o altamente responsables. Estos patrones de supervivencia nos ayudaron a resistir circunstancias difíciles, pero también pueden hacer difícil que confiemos en que nuestras necesidades serán reconocidas con compasión.

La mujer no desaparece, no actúa y no finge que no se ve afectada. Ella se mantiene presente y habla con sinceridad. Su humildad no es una muestra de autodesprecio. No niega su dignidad ni acepta la idea de que está fuera de la misericordia. Simplemente reconoce que no puede sanar a su hija por sí misma y que incluso la más pequeña parte de la bondad de Cristo es suficiente. Jesús responde, *“Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas.”*

Su fe es un desafío a la culpa que muchos hijos adultos tienen. La culpa nos dice que debemos ganarnos el amor siendo útiles,

tranquilos, exitosos o fuertes. Nos sugiere que nuestros errores revelan quiénes somos en realidad. La primera lectura ofrece otra visión. Dios promete que Su casa será *“una casa de oración para todos los pueblos”* (Isaías 56:1, 6–7). En la familia de Dios, el pertenecer no está reservado para quienes tienen un pasado sin complicaciones o un historial perfecto.

La recuperación nos invita a acercarnos a Dios, tal y como realmente somos. Podemos llevarle nuestro temor al rechazo, nuestra ira, nuestras necesidades no cubiertas y las partes de nuestra historia que preferiríamos ocultar. El Paso Dos nos abre a la posibilidad de que Dios pueda restaurar nuestro sano juicio, incluyendo un entendimiento más sano de nuestra identidad. El Paso Tres nos llama a poner nuestras vidas a Su cuidado, en lugar de seguir manejándolas en función del miedo, aprobación o control.

La fe persistente no implica estar constantemente dentro de relaciones donde somos maltratados. Significa negarse a dejar que los rechazos pasados defina nuestro valor o determinen nuestro futuro. Buscamos personas saludables, practicamos la comunicación honesta, establecemos límites y aprendemos a recibir apoyo. Cada vez que pedimos ayuda sin disculparnos por existir, que decimos la verdad sin controlar la reacción de otra persona o estamos presentes en vez de huir, cooperamos con la gracia.

La sanación toma tiempo, porque las creencias formadas en la infancia suelen ser muy profundas. Sin embargo, la sanación lenta sigue siendo sanación. Dios no se impacienta con el ritmo de nuestro crecimiento. Él sigue recibiéndonos cuando volvemos, cuando pedimos, cuando escuchamos y damos el siguiente paso correcto.

La mujer cananea nos recuerda que nuestra necesidad no hace que seamos rechazados. Cristo ve más allá de los roles que aprendimos a desempeñar y hace surgir la fe que hay dentro de nosotros. Su misericordia es mayor que cualquier mensaje que nos enseñó que

éramos difíciles, que no éramos suficientes o que estábamos fuera del círculo del amor. En Él, estamos llamados a actuar con humildad, pedir con confianza y aceptar nuestro lugar en la casa de Dios.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué experiencia de tu infancia sobre el rechazo o la decepción sigue influyendo en la manera en que pides ayuda o te relacionas con Dios?

- ¿Qué rol o patrón de supervivencia te dificulta expresar tus necesidades con honestidad y aceptar apoyo?

- ¿En qué aspectos estás llamado a confiar en que tu dignidad y pertenencia no dependen de la aprobación de otra persona?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 56:1, 6–7

SAL. RESP. Salmo 67:2–3, 5, 6, 8

SEGUNDA LECTURA Romanos 11:13–15, 29–32

EVANGELIO Mateo 15:21–28